



HACIA LA PALABRA EXACTA

Prof. *Edmundo Concha*

El idioma castellano, a la luz del estudio de su radiación, resulta todo un universo, compuesto por alrededor de 100.000 palabras y sus correspondientes y casi infinitas maneras de emplearlas.

Para dominarlo con algún éxito se necesita principalmente vocación, o sea, escribirlo con agrado, tener sensibilidad frente a los vocablos, y reconocer los diversos significados y matices que puede entregar. Se requiere también, y en forma complementaria, conocer las reglas que rigen su circulación, y el ejemplo de las páginas de los autores que le han sacado mejor partido.

Una persona a la cual le da lo mismo usar cualquier sinónimo, de todos los que tenga una palabra, o que no echa de menos la estructura en un texto misceláneo, o que emplea invariablemente una sola de las varias conjunciones adversativas a su disposición, nunca podrá escribir bien y ni siquiera imaginarse la belleza que puede amonedarse con el propio idioma, sin necesidad de barbarismos ni de “cuñas” foráneas.

La naturaleza propia de la palabra -y esto lo saben muy bien algunos poetas- puede hacer de la comunicación un verdadero hechizo y concederle a su autor poderes casi milagrosos. Por algo la misma Biblia dice “En el principio fue el Verbo”. En nuestro medio, Pablo Neruda fue en su juventud un joven económicamente pobre, pero, gracias a su inspiración y a su capacidad expresiva, alcanzó después fortuna y nombradía mayores.

El uso de la palabra justa ordena y enriquece el espíritu al punto de poder despertar y hasta potenciar a otros espíritus. Una persona bien dotada, si no sabe expresarse debidamente, se queda a medio camino, igual que su mensaje. El oficio de escribir recorre también un **camino de perfección**: sentir que no se llega nunca a la cima, por lo cual las correcciones, igual que las del escultor, mientras van esclareciendo y afinando el significado, representan uno de los más amenos y gratificantes ejercicios. Lo ideal es conseguir que cada vocablo sea como una granada que, para estallar, sólo necesita ser rozada por la vista del lector.

Las palabras, con todo lo poderosas que puedan resultar a quienes las saben usar, no constituyen por cierto un fin en sí mismas. Son sólo un medio para entregar un contenido. Son únicamente el envase del regalo, no el regalo mismo, sin que por ello dejen de influir en su donosura. Descaminado anda el escritor, poeta o periodista que crea que las palabras son un fin en sí mismas, pues así con ellas sólo podrá demostrar superficialidad y bizantinismo. Nada se puede ciertamente beber de una copa, por fina que sea, si está vacía.

De ahí que, para escribir bien, se requiera, previa a la escritura, dos virtudes básicas: pensar con claridad y sentir con hondura. Una persona de sensibilidad tosca y que reflexione con incoherencias, jamás podrá expresarse con eficacia, puesto que la escritura, o el habla, serán siempre sólo el reflejo de esas dos virtudes, o de su ausencia.

Un texto jamás es bello e inolvidable sólo por las palabras con que está expresado sino básicamente por la calidad de su contenido. Es obvio que un rico contenido, mal empaquetado, puede resultar hasta insípido. El problema académico de qué es prioritario, si el fondo o la forma, ya lo resolvió Benedetto Croce cuando puntualizó en su *Estética*: "No hay fondo ni forma artística por separado; lo que hay es una relación artística".

El aprendizaje de las técnicas de la comunicación, que son incuestionablemente útiles en alguna proporción, choca a veces con una verdad limitante: los hombres que mejor han escrito nunca **aprendieron** a hacerlo. Escribieron con instintiva artesanía desde el principio. Los artículos aurales de José Ortega y

Gasset, en el diario "El Sol", son tan seductores y nutricios como los últimos que escribió en 1955, año de su deceso. Algo semejante ha ocurrido con el autor chileno que mayor elocuencia, flexibilidad y gracia le ha extraído al lenguaje, Hernán Díaz Arrieta (Alone), cuyas críticas de 1920 en nada desmerecen de las de la década del 70. Alone publicó un libro de oro que contiene el más aclaratorio y paradójico de los consejos. Se titula "Aprender a Escribir" y adentro enseña que no se aprende a escribir, que ese problema debe resolverlo el autor a solas, sin auxilio de nadie, frente al gran desafío que le plantea la hoja en blanco. Alguien, para ratificar el misterio del fenómeno de la comunicación, llegó a decir que toda "La Crítica de la Razón Pura, salió de un tintero".

Sin embargo, sería negativo dejar de lado el aprendizaje de la escritura, pues la espontaneidad pura es, en todo, un arma de doble filo. Hay conocimientos sistematizados en la gramática, la sintaxis, la semántica, la estilística; y hay también normas, recomendaciones, sugerencias y hasta trucos para lograr mayor relieve en el mensaje hablado o escrito. Y todo ese aprendizaje, a quienes tengan aptitud para asimilarlo, podrá sin duda resultarles provechoso.

Uno de los requisitos del idioma para que tenga "capacidad de llegada", es que su autor considere la **situación** de sus destinatarios. Hoy, en que ellos viven excesivamente ocupados y preocupados, sin la tranquilidad recoleta de otros tiempos, cuando el ritmo de vida era menos apresurado, es indispensable que el mensaje carezca de todo desperdicio -obviedades, muletillas, cacofonías, repeticiones, etc.- de modo que ojalá ofrezca sorpresas, ya sean de fondo, con oportunas referencias culturales, o de forma, con nuevos giros retóricos.

Jorge Luis Borges, otro maestro del idioma, ha escrito: "Desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros, el de explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos". Sin embargo, cuántos autores hay dedicados entusiastamente a la emisión inorgánica de palabras.

Ningún comunicador social, en suma, debiera olvidar que hay sólo dos tipos de lenguaje: el vivo y el muerto.

El resultado del lenguaje vivo -claro, preciso, bello- reporta a quien lo forja una incomparable satisfacción: la admiración reverente de los lectores u oyentes, y la bienvenida a todos los comportamientos de la cultura ■